



Cincuenta
sombras
de Grey

E.L. James

E.L. JAMES

CINCUENTA SOMBRAS

DE GREY

Traducción de

Pilar de la Peña Minguell

y **Helena Trías Bello**

Grijalbo

Me miro en el espejo y frunzo el ceño, frustrada. Qué asco de pelo. No hay manera con él. Y maldita sea Katherine Kavanagh, que se ha puesto enferma y me ha metido en este lío. Tendría que estar estudiando para los exámenes finales, que son la semana que viene, pero aquí estoy, intentando hacer algo con mi pelo. No debo meterme en la cama con el pelo mojado. No debo meterme en la cama con el pelo mojado. Recito varias veces este mantra mientras intento una vez más controlarlo con el cepillo. Me desespero, pongo los ojos en blanco, después observo a la chica pálida, de pelo castaño y ojos azules exageradamente grandes que me mira, y me rindo. Mi única opción es recogerme este pelo rebelde en una coleta y confiar en estar medio presentable.

Kate es mi compañera de piso, y ha tenido que pillar un resfriado precisamente hoy. Por eso no puede ir a la entrevista que había concertado para la revista de la facultad con un megaempresario del que yo nunca había oído hablar. Así que va a tocarme a mí. Tengo que estudiar para los exámenes finales, tengo que terminar un trabajo y se suponía que a eso iba a dedicarme esta tarde, pero no. Lo que voy a hacer esta tarde es conducir más de doscientos kilómetros hasta el centro de Seattle para reunirme con el enigmático presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc. Como empresario excepcional y principal mecenas de nuestra universidad, su tiempo es extraordinariamente valioso —mucho más que el mío—, pero ha concedido una entrevista a Kate. Un bombazo, según ella. Malditas sean sus actividades extraacadémicas.

Kate está acurrucada en el sofá del salón.

—Ana, lo siento. Tardé nueve meses en conseguir esta entrevista. Si pido que me cambien el día, tendré que esperar otros seis meses, y para entonces las dos estaremos graduadas. Soy la responsable de la revista, así que no puedo echarlo todo a perder. Por favor... —me suplica Kate con voz ronca por el resfriado.

¿Cómo lo hace? Incluso enferma está guapísima, realmente atractiva, con su pelo rubio rojizo perfectamente peinado y sus brillantes ojos verdes, aunque ahora los tiene rojos y llorosos. Paso por alto la inoportuna punzada de lástima que me inspira.

—Voy a moverme, nena —me susurra un momento después en tono firme.

Oh.

Retrocede con exquisita lentitud. Cierra los ojos, gime y vuelve a penetrarme. Grito por segunda vez, y se detiene.

—¿Más? —me susurra con voz salvaje.

—Sí —le contesto.

Vuelve a penetrarme y a detenerse.

Gimo. Mi cuerpo lo acepta... Oh, quiero que siga.

—¿Otra vez? —me pregunta.

—Sí —le contesto en tono de súplica.

Y se mueve, pero esta vez no se detiene. Se apoya en los codos, de modo que siento su peso sobre mí, aprisionándome. Al principio se mueve despacio, entra y sale de mi cuerpo. Y a medida que voy acostumbrándome a la extraña sensación, empiezo a mover las caderas hacia las suyas. Acelera. Gimo y me embiste con fuerza, cada vez más deprisa, sin piedad, a un ritmo implacable, y yo mantengo el ritmo de sus embestidas. Me agarra la cabeza con las manos, me besa bruscamente y vuelve a tirar de mi labio inferior con los dientes. Se retira un poco y siento que algo crece en lo más profundo de mí, como antes. Voy poniéndome tensa a medida que me penetra una y otra vez. Me tiembla el cuerpo, me arqueo. Estoy bañada en sudor. No sabía que sería así... No sabía que la sensación podía ser tan agradable. Mis pensamientos se dispersan... No hay más que sensaciones... Solo él... Solo yo... Ay, por favor... Mi cuerpo se pone rígido.

—Córrete para mí, Ana —susurra sin aliento.

Y me dejo ir en cuanto lo dice, llego al clímax y estallo en mil pedazos bajo su cuerpo. Y mientras se corre también él, grita mi nombre, da una última embestida se queda inmóvil, como si se vaciara dentro de mí.

Todavía jadeo, intento ralentizar la respiración y los latidos del corazón, y mis pensamientos se sumen en el caos. Uau... ha sido algo increíble. Abro los ojos. Christian ha apoyado su frente en la mía. Tiene los ojos cerrados y su respiración es irregular. Parpadea, abre los ojos y me lanza una mirada turbia, aunque dulce. Sigue dentro de mí. Se inclina, me besa suavemente en la frente y, muy despacio, empieza a salir de mi cuerpo.

—Oooh.

Es una sensación extraña, que me hace estremecer.

—¿Te he hecho daño? —me pregunta Christian mientras se tumba a mi lado apoyándose en un codo.

Me pasa un mechón de pelo por detrás de la oreja. Y no puedo evitar esbozar una amplia sonrisa.

—¿Estás de verdad preguntándome si me has hecho daño?

—No me vengas con ironías —me dice con una sonrisa burlona—. En serio, ¿estás bien?

Sus ojos son intensos, perspicaces, incluso exigentes.

Me tiendo a su lado sintiendo los miembros desmadejados, con los huesos como de goma, pero estoy relajada, muy relajada. Le sonrío. No puedo dejar de sonreír. Ahora entiendo a qué viene tanto alboroto. Dos orgasmos... todo tu ser completamente descontrolado, como cuando una lavadora centrifuga. Uau. No tenía ni idea de lo que mi cuerpo era capaz, de que podía tensarse tanto y liberarse de forma tan violenta, tan gratificante. El placer ha sido indescriptible.

—Estás mordiéndote el labio, y no me has contestado.

Frunce el ceño. Le sonrío con gesto travieso. Está imponente con su pelo alborotado, sus ardientes ojos grises entrecerrados y su expresión seria e impenetrable.

—Me gustaría volver a hacerlo —susurro.

Por un momento creo ver una fugaz expresión de alivio en su cara. Luego cambia rápidamente de expresión y me mira con ojos velados.

—¿Ahora mismo, señorita Steele? —musita en tono frío. Se inclina sobre mí y me besa suavemente en la comisura de la boca—. ¿No eres un poquito exigente? Date la vuelta.

Parpadeo varias veces, pero al final me doy la vuelta. Me desabrocha el sujetador y me desliza la mano desde la espalda hasta el trasero.

—Tienes una piel realmente preciosa —murmura.

Mete una pierna entre las mías y se queda medio tumbado sobre mi espalda. Siento la presión de los botones de su camisa mientras me retira el pelo de la cara y me besa en el hombro.

—¿Por qué no te has quitado la camisa? —le pregunto.

Se queda inmóvil. Acto seguido se quita la camisa y vuelve a tumbarse encima de mí. Siento su cálida piel sobre la mía. Mmm... Es una maravilla. Tiene el pecho cubierto de una ligera capa de pelo, que me hace cosquillas en la espalda.

—Así que quieres que vuelva a follarte... —me susurra al oído.

Y empieza a besarme muy suavemente alrededor de la oreja y en el cuello. Me levanta las rodillas y se me corta la respiración... ¿Qué está haciendo ahora? Se mete entre mis piernas, se pega a mi espalda y me pasa la mano por el muslo hasta el trasero. Me acaricia despacio las nalgas y después desliza los dedos entre mis piernas.

—Voy a follarte desde atrás, Anastasia —murmura.

Con la otra mano me agarra del pelo a la altura de la nuca y tira ligeramente para colocarme. No puedo mover la cabeza. Estoy inmovilizada debajo de él, indefensa.

—Eres mía —susurra—. Solo mía. No lo olvides.

Su voz es embriagadora, y sus palabras, seductoras. Noto cómo crece su erección contra mi muslo.

Desliza los dedos y me acaricia suavemente el clítoris, trazando círculos muy despacio. Siento su respiración en la cara mientras me pellizca lentamente la mandíbula.

—Hueles de maravilla.

Me acaricia detrás de la oreja con la nariz. Frota las manos contra mi cuerpo una y otra vez. En un instinto reflejo, empiezo a trazar círculos con las caderas, al compás de su mano, y un placer enloquecedor me recorre las venas como si fuera adrenalina.

—No te muevas —me ordena en voz baja, aunque imperiosa.

Y lentamente me introduce el pulgar y lo gira acariciando las paredes de mi vagina. El efecto es alucinante. Toda mi energía se concentra en esa pequeña parte de mi cuerpo. Gimo.

—¿Te gusta? —me pregunta en voz baja pasándome los dientes por la oreja.

Y empieza a mover el pulgar lentamente, dentro, fuera, dentro, fuera... con los dedos todavía trazando círculos.

Cierro los ojos e intento controlar mi respiración, intento absorber las desordenadas y caóticas sensaciones que sus dedos desatan en mí mientras el fuego me recorre el cuerpo. Vuelvo a gemir.

—Estás muy húmeda y eres muy rápida. Muy receptiva. Oh, Anastasia, me gusta, me gusta mucho —susurra.

Quiero mover las piernas, pero no puedo. Me tiene aprisionada y mantiene un

ritmo constante, lento y tortuoso. Es absolutamente maravilloso. Gimo de nuevo y de pronto se mueve.

—Abre la boca —me pide.

Y me introduce en la boca el pulgar. Pestañeo frenéticamente.

—Mira cómo sabes —me susurra al oído—. Chúpame, nena.

Me presiona la lengua con el pulgar, cierro la boca alrededor de su dedo y chupo salvajemente. Siento el sabor salado de su pulgar y la acidez ligeramente metálica de la sangre. Madre mía. Esto no está bien, pero es terriblemente erótico.

—Quiero follarte la boca, Anastasia, y pronto lo haré —me dice con voz ronca, salvaje, y respiración entrecortada.

¡Follarme la boca! Gimo y le muerdo. Pega un grito ahogado y me tira del pelo con más fuerza, me hace daño, así que le suelto el dedo.

—Mi niña traviesa —susurra.

Alarga la mano hacia la mesita de noche y coge un paquetito plateado.

—Quieta, no te muevas —me ordena soltándome el pelo.

Rasga el paquetito plateado mientras yo jadeo y siento el calor recorriendo mis venas. La espera es excitante. Se inclina, su peso vuelve a caer sobre mí y me agarra del pelo para inmovilizarme la cabeza. No puedo moverme. Me tiene seductoramente atrapada y está listo para volver a penetrarme.

—Esta vez vamos a ir muy despacio, Anastasia —me dice.

Y me penetra despacio, muy despacio, hasta el fondo. Su miembro se extiende y me invade por dentro implacablemente. Gimo con fuerza. Esta vez lo siento más profundo, exquisito. Vuelvo a gemir, y a un ritmo muy lento traza círculos con las caderas y retrocede, se detiene un momento y vuelve a penetrarme. Repite el movimiento una y otra vez. Me vuelve loca. Sus provocadoras embestidas, deliberadamente lentas, y la intermitente sensación de plenitud son irresistibles.

—Se está tan bien dentro de ti —gime.

Y mis entrañas empiezan a temblar. Retrocede y espera.

—No, nena, todavía no —murmura.

Cuando dejo de temblar, comienza de nuevo el maravilloso proceso.

—Por favor —le suplico.

Creo que no voy a aguantar mucho más. Mi cuerpo tenso se desespera por liberarse.

—Bien —murmuro.

Esboza una ligera sonrisa.

—Yo también —me dice en voz baja—. Nunca había echado un polvo vainilla, y no ha estado nada mal. Aunque quizá es porque ha sido contigo.

Desliza el pulgar por mi labio inferior.

Respiro hondo. ¿Un polvo vainilla?

—Ven, vamos a bañarnos.

Se inclina y me besa. El corazón me da un brinco y el deseo me recorre el cuerpo y se concentra... en mi parte más profunda.

La bañera es blanca, profunda y ovalada, muy de diseño. Christian se inclina y abre el grifo de la pared embaldosada. Vierte en el agua un aceite de baño que parece carísimo. A medida que se llena la bañera va formándose espuma, y un dulce y seductor aroma a jazmín invade el baño. Christian me mira con ojos impenetrables, se quita la camiseta y la tira al suelo.

—Señorita Steele —me dice tendiéndome la mano.

Estoy al lado de la puerta, con los ojos muy abiertos y recelosa, con las manos alrededor del cuerpo. Me acerco admirando furtivamente su cuerpo. Le cojo de la mano y me sujeta mientras me meto en la bañera, todavía con su camisa puesta. Hago lo que me dice. Voy a tener que acostumbrarme si acabo aceptando su escandalosa oferta... Solo si... El agua caliente es tentadora.

—Gírate y mírame —me ordena en voz baja.

Hago lo que me pide. Me observa con atención.

—Sé que ese labio está delicioso, doy fe de ello, pero ¿puedes dejar de mordértelo? —me dice apretando los dientes—. Cuando te lo muerdes, tengo ganas de follarte, y estás dolorida, ¿no?

Dejo de morderme el labio porque me quedo boquiabierta, impactada.

—Eso es —me dice—. ¿Lo has entendido?

Me mira. Asiento frenéticamente. No tenía ni idea de que yo pudiera afectarle tanto.

—Bien.

Se acerca, saca el iPod del bolsillo de la camisa y lo deja junto al lavabo.

—Agua e iPods... no es una combinación muy inteligente —murmura.

—Date la vuelta. Yo también tengo que lavarme —murmura.

¡Oh! Me doy la vuelta y me quedo pasmada al ver que se agarra con fuerza el miembro erecto. Abro la boca.

—Quiero que, para empezar, conozcas bien la parte más valiosa de mi cuerpo, mi favorita. Le tengo mucho cariño.

Es enorme, cada vez más. El miembro erecto queda por encima del agua, que le llega a las caderas. Levanto los ojos un segundo y observo su sonrisa perversa. Le divierte mi expresión atónita. Me doy cuenta de que estoy mirando fijamente su miembro. Trago saliva. ¡Todo eso ha estado dentro de mí! Parece imposible. Quiere que lo toque. Mmm... de acuerdo, adelante.

Le sonrío, cojo el gel y me echo un chorrillo en la mano. Hago lo mismo que él: me froto el jabón en las manos hasta que se forma espuma. No aparto los ojos de los suyos. Entreabro los labios para que me resulte más fácil respirar... y deliberadamente me muerdo el labio inferior y luego paso la lengua por encima, por la zona que acabo de morderme. Me mira con ojos serios, impenetrables, que se abren mientras deslizo la lengua por el labio. Me inclino y le rodeo el miembro con una mano, imitando la manera en que se lo agarra él mismo. Cierra un momento los ojos. Uau... es mucho más duro de lo que pensaba. Aprieto y él coloca su mano sobre la mía.

—Así —susurra.

Y mueve la mano arriba y abajo sujetándome con fuerza los dedos, que a su vez aprietan con fuerza su miembro. Cierra de nuevo los ojos y contiene la respiración. Cuando vuelve a abrirlos, su mirada es de un gris abrasador.

—Muy bien, nena.

Me suelta la mano, deja que siga yo sola y cierra los ojos mientras la muevo arriba y abajo. Flexiona ligeramente las caderas hacia mi mano, y de forma refleja lo aprieto con más fuerza. Desde lo más profundo de la garganta se le escapa un ronco gemido. Fóllame la boca... Mmm. Lo recuerdo metiéndome el pulgar en la boca y pidiéndome que se lo chupara con fuerza. Abre la boca a medida que su respiración se acelera. Tiene los ojos cerrados. Me inclino, coloco los labios alrededor de su miembro y chupo de forma vacilante, deslizando la lengua por la punta.

—Uau... Ana.

Abre mucho los ojos y sigo chupando.

Mmm... Es duro y blando a la vez, como acero recubierto de terciopelo, y sorprendentemente sabroso, salado y suave.

—Dios —gime.

Y vuelve a cerrar los ojos.

Introduzco la boca hasta el fondo y vuelve a gemir. ¡Ja! La diosa que llevo dentro está encantada. Puedo hacerlo. Puedo follármelo con la boca. Vuelvo a girar la lengua alrededor de la punta, y él se arquea y levanta las caderas. Ha abierto los ojos, que despiden fuego. Vuelve a arquearse apretando los dientes. Me apoyo en sus muslos y clavo la boca hasta el fondo. Siento en las manos que sus piernas se tensan. Me coge de las trenzas y empieza a moverse.

—Oh... nena... es fantástico —murmura.

Chupo más fuerte y paso la lengua por la punta de su impresionante erección. Se la presiono con la boca cubriéndome los dientes con los labios. Él espira con la boca entreabierta y gime.

—Dios, ¿hasta dónde puedes llegar? —susurra.

Mmm... Empujo con fuerza y siento su miembro en el fondo de la garganta, y luego en los labios otra vez. Paso la lengua por la punta. Es como un polo con sabor a... Christian Grey. Chupo cada vez más deprisa, empujando cada vez más hondo y girando la lengua alrededor. Mmm... No tenía ni idea de que proporcionar placer podía ser tan excitante, verlo retorcerse sutilmente de deseo carnal. La diosa que llevo dentro baila merengue con algunos pasos de salsa.

—Anastasia, voy a correrme en tu boca —me advierte jadeando—. Si no quieres, para.

Vuelve a empujar las caderas, con los ojos muy abiertos, cautelosos y llenos de lascivo deseo... Y me desea a mí. Desea mi boca... Madre mía.

Me agarra del pelo con fuerza. Yo puedo. Empujo todavía con más fuerza y de pronto, en un momento de insólita seguridad en mí misma, descubro los dientes. Llega al límite. Grita, se queda inmóvil y siento un líquido caliente y salado deslizándose por mi garganta. Me lo trago rápidamente. Uf... No sé si he hecho bien. Pero me basta con mirarlo para que no me importe... He conseguido que perdiera el control en la bañera. Me incorporo y lo observo con una sonrisa triunfal que me eleva las comisuras de la boca. Respira entrecortadamente. Abre los ojos y me mira.

—¿No tienes arcadas? —me pregunta atónito—. Dios, Ana... ha estado... muy bien, de verdad, muy bien. Aunque no lo esperaba. —Frunce el ceño—. ¿Sabes? No dejas de sorprenderme.

Sonríó y me muerdo el labio conscientemente. Me mira interrogante.

—¿Lo habías hecho antes?

—No.

No puedo ocultar un ligero matiz de orgullo en mi negativa.

—Bien —me dice complacido y, según creo, aliviado—. Otra novedad, señorita Steele. —Me evalúa con la mirada—. Bueno, tienes un sobresaliente en técnicas orales. Ven, vamos a la cama. Te debo un orgasmo.

¡Otro orgasmo!

Sale rápidamente de la bañera y me ofrece la primera imagen íntegra del Adonis de divinas proporciones que es Christian Grey. La diosa que llevo dentro ha dejado de bailar y lo observa también, boquiabierta y babeando. Su erección se ha reducido, pero sigue siendo importante... Uau. Se enrolla una toalla pequeña en la cintura para cubrirse mínimamente y saca otra más grande y suave, de color blanco, para mí. Salgo de la bañera y le cojo la mano que me tiende. Me envuelve en la toalla, me abraza y me besa con fuerza, metiéndome la lengua en la boca. Deseo estirar los brazos y abrazarlo... tocarlo... pero los tengo atrapados dentro de la toalla. No tardo en perderme en su beso. Me sujeta la cabeza con las manos, me recorre la boca con la lengua y me da la sensación de que está expresándome su gratitud... ¿quizá por mi primera felación?

Se aparta un poco, con las manos a ambos lados de mi cara, y me mira a los ojos. Parece perdido.

—Dime que sí —susurra fervientemente.

Frunzo el ceño, porque no lo entiendo.

—¿A qué?

—A nuestro acuerdo. A ser mía. Por favor, Ana —susurra suplicante, recalcando el «por favor» y mi nombre.

Vuelve a besarme con pasión, y luego se aparta y me mira parpadeando. Me coge de la mano y me conduce de vuelta al dormitorio. Me tambaleo un poco, así que lo sigo mansamente, aturdida. Lo desea de verdad.

Ya en el dormitorio, me observa junto a la cama.

—¿Confías en mí? —me pregunta de pronto.

Asiento con los ojos muy abiertos, y de pronto me doy cuenta de que efectivamente confío en él. ¿Qué va a hacerme ahora? Una descarga eléctrica me recorre el cuerpo.

—Buena chica —me dice pasándome el pulgar por el labio inferior.

Se acerca al armario y vuelve con una corbata gris de seda.

—Junta las manos por delante —me ordena quitándome la toalla y tirándola al suelo.

Hago lo que me pide. Me rodea las muñecas con la corbata y hace un nudo apretado. Los ojos le brillan de excitación. Tira de la corbata para asegurarse de que el nudo no se mueve. Tiene que haber sido boyscout para saber hacer estos nudos. ¿Y ahora qué? Se me ha disparado el pulso y el corazón me late a un ritmo frenético. Desliza los dedos por mis trenzas.

—Pareces muy joven con estas trenzas —murmura acercándose a mí.

Retrocedo instintivamente hasta que siento la cama detrás de las rodillas. Se quita la toalla, pero no puedo apartar los ojos de su cara. Su expresión es ardiente, llena de deseo.

—Oh, Anastasia, ¿qué voy a hacer contigo? —me susurra.

Me tiende sobre la cama, se tumba a mi lado y me levanta las manos por encima de la cabeza.

—Deja las manos así. No las muevas. ¿Entendido?

Sus ojos abrazan los míos y su intensidad me deja sin aliento. No es un hombre al que quisiera hacer enfadar.

—Contéstame —me pide en voz baja.

—No moveré las manos —le contesto sin aliento.

—Buena chica —murmura.

Y deliberadamente se pasa la lengua por los labios muy despacio. Me fascina su lengua recorriendo lentamente su labio superior. Me mira a los ojos, me observa, me examina. Se inclina y me da un casto y rápido beso en los labios.

—Voy a besarle todo el cuerpo, señorita Steele —me dice en voz baja.

Me agarra de la barbilla y me la levanta, lo que le da acceso a mi cuello. Sus labios se deslizan por él, descienden por mi cuello besándome, chupándome y mordisqueándome. Todo mi cuerpo vibra expectante. El baño me ha dejado la piel hipersensible. La sangre caliente desciende lentamente hasta mi vientre, entre las piernas, hasta mi sexo. Gimo.

Quiero tocarlo. Muevo las manos, pero, como estoy atada, le toco el pelo con bastante torpeza. Deja de besarme, levanta los ojos y mueve la cabeza de un lado a otro chasqueando la lengua. Me sujeta las manos y vuelve a colocármelas por encima de la cabeza.

Cincuenta sombras más oscuras



E.L. James

Cincuenta sombras liberadas



E.L. James

Y sin avisar me da un azote fuerte.

—¡Ah! —grito.

—¡Silencio!

Me frota suavemente el culo en el lugar donde me ha dado el azote. Después se inclina sobre mí, clavándome la cadera en el culo, me da un beso entre los omóplatos y sigue encadenando besos por toda mi espalda. Se ha quitado la camisa y el vello de su pecho me hace cosquillas en la espalda a la vez que su erección empuja contra mis nalgas desde debajo de la dura tela de sus vaqueros.

—Abre las piernas —me ordena.

Separo las piernas.

—Más.

Gimo y abro más las piernas.

—Muy bien. —Desliza un dedo por mi espalda, por la hendidura entre mis nalgas y sobre el ano, que se aprieta al notar su contacto.

—Nos vamos a divertir un rato con esto —susurra.

¡Joder!

Sigue bajando el dedo por mi perineo y lo introduce lentamente en mi interior.

—Veo que estás muy mojada, Anastasia. ¿Por lo de antes o por lo de ahora?

Gimo y él mete y saca el dedo, una y otra vez. Me acerco a su mano, encantada por la intrusión.

—Oh, Ana, creo que es por las dos cosas. Creo que te encanta estar aquí, así. Toda mía.

Sí... Oh, sí, me encanta. Saca el dedo y me da otro azote fuerte.

—Dímelo —susurra con la voz ronca y urgente.

—Sí, me encanta —gimo.

Me da otro azote bien fuerte una vez más y grito. Después mete dos dedos en mi interior, los saca inmediatamente, extiende mis fluidos alrededor y sube hasta el ano.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunto sin aliento. Oh, Dios mío... ¿Me va a follar por el culo?

—No voy a hacer lo que tú crees —me susurra tranquilizadamente—. Ya te he dicho que vamos a avanzar un paso cada vez, nena.

Oigo el suave sonido del chorro de algún líquido, al salir de un tubo seguramente, y siento que sus dedos me masajean otra vez ahí. Me está lubricando... ¡ahí! Me retuerzo cuando mi miedo choca con mi excitación por lo desconocido. Me da otro azote más abajo que me alcanza el sexo. Gimo. Es una sensación... tan increíble.

—Quieta —dice—. Y no te sueltes.

—Ah.

—Esto es lubricante. —Me echa un poco más. Intento no retorcerme, pero el corazón me late muy fuerte y tengo el pulso descontrolado. El deseo y la ansiedad me corren a toda velocidad por las venas.

—Llevo un tiempo queriendo hacer esto contigo, Ana.

Gimo de nuevo. Siento algo frío, metálicamente frío, que me recorre la espalda.

—Tengo un regalito para ti —me dice Christian en un susurro.

Me viene a la mente la imagen del día que me enseñó los artilugios que había en la cómoda. Madre mía.

Un tapón anal. Christian lo desliza por la hendidura que hay entre mis nalgas.

Oh, Dios mío...

—Voy a introducir esto dentro de ti muy lentamente...

Doy un respingo; la anticipación y la ansiedad están haciendo mella en mí.

—¿Me va a doler?

—No, nena. Es pequeño. Y cuando lo tengas dentro te voy a follar muy fuerte.

Estoy a punto de dar una sacudida sin control. Se agacha sobre mi cuerpo y me da más besos entre los omóplatos.

—¿Preparada? —me susurra.

¿Preparada? ¿Estoy preparada para esto?

—Sí —digo con un hilo de voz y la boca seca.

Pasa otra vez el dedo por encima del ano y por el perineo y lo introduce en mi interior. Joder, es el pulgar. Me cubre el sexo con el resto de la mano y me acaricia lentamente el clítoris con los dedos. Suelto un gemido... Me siento... bien. Muy lentamente, sin dejar de hacer su magia con los dedos y el pulgar, me va metiendo el frío tapón.

—¡Ah! —grito y gimo a la vez por la sensación desconocida. Mis músculos protestan por la intrusión. Hace círculos con el pulgar en mi interior y empuja más fuerte el tapón, que entra con facilidad. No sé si es porque estoy tan excitada o porque me está distrayendo con sus dedos expertos, pero parece que mi cuerpo lo acepta bien. Pesa... y noto algo raro... ¡«ahí»!

—Oh, nena...

Puedo sentirlo todo: el pulgar que gira en mi interior y el tapón que presiona... Oh, ah... Gira lentamente el tapón, lo que me provoca un interminable gemido.

—Christian... —Digo su nombre como un mantra mientras me voy adaptando a la sensación.

—Muy bien —me susurra. Me recorre el costado con la mano libre hasta llegar a la cadera. Saca lentamente el pulgar y oigo el sonido inconfundible de la cremallera de su bragueta al abrirse. Me coge la cadera por el otro lado, tira de mí hacia atrás y me abre más las piernas empujándome los pies con los suyos.

—No sueltes la mesa, Ana —me advierte.

—No —jadeo.

—Duro, ¿eh? Dime si soy demasiado duro, ¿entendido?

—Sí —le susurro.

Siento que entra en mí con una brusca embestida a la vez que me atrae hacia él, lo que empuja el tapón y lo introduce más profundamente.

—¡Joder! —chillo.

Se queda quieto con la respiración trabajosa. Mis jadeos se acompañan con los suyos. Estoy intentando asimilar todas las sensaciones: la deliciosa sensación de estar llena, la seducción de estar haciendo algo prohibido, el placer erótico que va creciendo en espiral desde mi interior. Tira suavemente del tapón.

Oh, Dios mío... Gimo y oigo que inspira bruscamente: una inhalación de puro placer sin adulterar. Hace que me hierva la sangre. ¿Me he sentido alguna vez tan llena de lujuria... tan...?

—¿Otra vez? —me susurra.